

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Repositorio Institucional del ITESO

rei.iteso.mx

Publicaciones ITESO

PI - Revista Renglones

2000-08

Causas y consecuencias del 2 de julio de 2000

Marván-Laborde, María

Marván-Laborde, M. (2000). "Causas y consecuencias del 2 de julio de 2000". En Renglones, revista del ITESO, núm.46. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/526>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:

<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-ND-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

Causas y consecuencias del 2 de julio de 2000

María Marván Laborde*



¿Cuál será el nuevo “sistema” que probablemente surja en México, de ser evitadas las amenazas de revuelta y represión? ¿Constará de dos o tres partidos capaces de producir una clara mayoría en el control del gobierno o degenerará en un sistema de muchos partidos al estilo de la Francia pre-De Gaulle? Y aun cuando surgiera un sistema de dos o tres partidos ¿cuáles son las posibilidades de que tales partidos tengan suficiente claridad de principios como para conducir al gobierno por un camino ideológico razonablemente bien definido? Esta última pregunta amerita un momento de consideración. El idealismo no se mezcla con facilidad con el machismo o con el derrotismo.¹

El fin de un sistema hegemónico

El presente artículo busca responder a dos preguntas esenciales: primera, ¿cómo podemos explicar que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) haya perdido la presidencia el 2 de julio de 2000?; segunda, ¿cuáles son los principales retos que enfrentarán los partidos en el futuro inmediato? En este ensayo no analizaré con detalle los resultados electorales ni la complejidad social y política que se hizo evidente en la geografía electoral. Considero que quienes busquen la explicación de los resultados electorales en el análisis de la mercadotecnia de esta campaña o en el desempeño de Francisco Labastida en el primero o el segundo debate, no harán sino entrar en un juego de espejos que esconderá la realidad del proceso político mexicano. Ni siquiera creo que podamos limitar el estudio al empeño de Ernesto Zedillo en mantener por encima de todo las cifras de la macroeconomía sanas o la corrupción que caracterizó al gobierno de Carlos Salinas de Gortari. La derrota del PRI el 2 de julio no puede ser analizada con las

mismas hipótesis con que se analizaría la derrota de George Bush o Al Gore el próximo noviembre; no fue la derrota de un partido cualquiera en una competencia democrática normal, fue la elección que marca el fin de una primera transición, la del sistema electoral, y permite el inicio del segundo proceso de transformación, la del estado hegemónico en un estado democrático.

Es necesario poner atención en los tiempos largos, regresar hasta 1963, cuando se introdujeron los diputados de partido, fue entonces cuando la necesidad de legitimación del sistema llevó a la primera apertura electoral hacia la oposición. Con aquella reforma, hoy quizá demasiado lejana y pequeña, se abrió la posibilidad de la competencia y, lo que es más importante, se reconoció por primera vez que era posible ser mexicano y no creer en el PRI. Entonces se inició el proceso de esquizofrenia del sistema político mexicano; se abrió el sistema electoral como una muy eficiente válvula de escape que permitiría, por un lado, tener canales de expresión para la “disidencia” y, por otro, conservar la hegemonía de la clase política mexicana a fin de sostener al partido de estado. Desde entonces se hizo evidente la resistencia al cambio dentro del PRI; a pesar de las circunstancias cada vez más adversas, nunca pudo transformarse desde adentro para convertirse en un verdadero partido capaz de competir con los otros en condiciones de igualdad.

Tratar de encontrar las razones de la derrota en el pasado inmediato sería hacer una apuesta suicida por buscar chivos expiatorios de un proceso de descomposición que inició hace 40 años. Desde entonces la sociedad mexicana reclamaba apertura política. El sistema apostó al gatopardismo, a cambiar todo para que todo quedara igual, y el

* Profesora investigadora de la Universidad de Guadalajara.

PRI se resistió a cualquier proceso de construcción de un partido moderno independiente de la fuerza del gobierno. Habría que recordar dos mentes preclaras en este momento, la de Raymond Vernon, autor norteamericano, y la de Carlos A. Madrazo, presidente del PRI durante escasos 11 meses, de diciembre de 1964 a noviembre de 1965.

En su libro *El dilema del desarrollo económico de México*, con una visión aguda que hoy resulta sorprendente, Vernon plantea que en el futuro la vida política del país se enfrentará a una constante disyuntiva entre la apertura pluripartidista y una extraña e inexplicable necesidad de reconstruir la unanimidad política en el país. La clase política de México, escribió, no podrá ceder a la tentación de convertir al PRI en una opción omniabarcadora, aunque para ello tenga un espectro ideológico tan amplio como indefinido que pretenderá ofrecer opciones de participación política tanto a la derecha como a la izquierda. La mejor manera de minimizar los riesgos de una oposición fuerte y organizada era, según muchos priistas, encontrar una fórmula mágica que permitiera conjugar en una sola plataforma ideológica un programa tan amplio que respondiera a los intereses y necesidades de todos los mexicanos. Las contradicciones condujeron a múltiples traiciones e inconsistencias, que acabaron por desfigurarlo.

Hay que recordar las palabras de Carlos A. Madrazo, quien el 7 de diciembre de 1964, al tomar posesión como nuevo dirigente del PRI, advertía de la necesidad de que se convirtiera en un verdadero partido político. No es casual que en seguida de la primera apertura electoral Madrazo haya considerado fundamental regresar a las bases del partido, reconstruir una militancia verdaderamente activa y tomar en cuenta el sentir de los afiliados en los procesos de decisión del partido. La gran reforma propuesta por el dirigente consistía en que las bases tuvieran la posibilidad real de participar en la selección de sus propios candidatos y de sus dirigentes.

Tenemos según nuestras estadísticas, 8'600,000 miembros. ¿Es acaso una cifra invariable? Haga lo que haga, o lo que no haga el partido, ¿esas gentes estarán siempre en nuestras filas? Yo no lo creo. Porque si bien es cierto que se las ha afiliado, no hemos tenido tiempo de educarlas como militantes y al no vernos actuar se olvidarán de nosotros, refugiarán su angustia en otra parte y su desencanto, por los caminos de la frustración, puede llevarlas incluso a pelear contra nosotros [...] Seremos fuertes en la medida en la que tengamos una mística y respetemos a la militancia [...] Insisto: sin militancia

no hay partido. Podremos engañarnos no sé cuánto tiempo, pero un día la realidad nos cobrará duramente nuestra imprevisión.²

Es cierto que la introducción de los diputados de partido fue una reforma mínima, tan pequeña que para muchos analistas ni siquiera merece ser tomada en cuenta; sin embargo, fue el inicio de un lento pero incontenible proceso; fue el punto de quiebre a partir del cual la sociedad mexicana se reconocería plural, demandaría espacios de participación ajenos al PRI e iniciaría el proceso de construcción de reglas justas que garantizaran la competencia equitativa. Desde entonces el PRI desperdició todas sus posibilidades de renovación. Madrazo fue expulsado del PRI y murió en un extraño accidente aéreo.

A partir de ello, y hasta el presente, el partido de estado, que nació para institucionalizar la revolución, sellaría su destino. No obstante que fueron los priistas quienes aprobaron las medidas que abrieron el sistema electoral, fue imposible hacer reformas internas que cambiaran las formas de convivencia política. En los hechos, supeditaron su supervivencia a la dependencia que tenían del gobierno más que a un proceso de reconversión interna que les permitiera adaptarse al nuevo entorno político que ellos mismos estaban creando. Los dirigentes nunca consideraron que era indispensable mantener un contacto político real con las bases. La filiación corporativa parecía una fuente inagotable de recursos humanos; sin embargo, la lealtad y la disciplina fueron perdiendo sentido a medida que las reformas electorales iban obligando al gobierno a respetar los triunfos electorales de la oposición.

El partido se agotó por dentro; la rigidez de las cúpulas no permitió el desarrollo de nuevos liderazgos, la complicidad se convirtió en la única razón de cohesión de la clase política. Fallaron todos los intentos de democratizar los procesos de selección de candidatos, entre otras cosas, porque siempre se hicieron para cubrir las apariencias. Pasarelas y elecciones primarias sirvieron para calmar reclamos, pero nunca tuvieron el propósito de iniciar una renovación de las formas de participación de la militancia. Prueba de ello es que el "nuevo PRI", por un lado, organizó la elección de Labastida y, por otro, seleccionó uno a uno, a través del dedo de Emilio Gamboa, a los restantes 628 candidatos. Las bases priistas creyeron que algunas de las candidaturas eran imposiciones que atentaban contra los miembros y principios del partido. Un

ejemplo claro de esto fue la de Raymundo Gómez Flores al Senado. El descontento en el interior del PRI Jalisco fue abierto y manifiesto; sin embargo, el Comité Ejecutivo Nacional lo sostuvo. Sólo la derrota podía hacerles medir la dimensión de sus errores. El 3 de julio descubrieron que Carlos A. Madrazo había tenido razón cuando afirmó que sin militancia no hay partido. En un sistema electoral razonablemente abierto y democrático el corporativismo es una desventaja que no garantiza a nadie el triunfo. La disciplina impuesta hacia el interior puede transformarse en rebeldía en las urnas.

De manera silenciosa, la sociedad había cambiado, y el PRI no estaba preparado para responderle. La campaña de Francisco Labastida se encontró siempre ante una sociedad demandante, crítica y participativa que exigía formas nuevas de hacer política. Citaré un ejemplo. Cuando Labastida hizo la promesa de campaña de dotar de computadoras y enseñar inglés en las escuelas primarias, en menos de una semana un periódico tradujo a cifras el proyecto, lo que fue suficiente para paralizar al equipo de campaña. Su desconcierto hizo evidente que fue una promesa hecha a la ligera, y esto puede ser grave; sin embargo, el daño más grave fue mostrar la incapacidad de responder a una postura crítica que cuestionaba la viabilidad de un proyecto.

Hay que hacer referencia a la importancia que en esta elección tuvo el voto cruzado. No sólo el PRI, también el Partido Acción Nacional (PAN), en la Alianza por el Cambio, y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y demás partidos participantes, en la Alianza por México, fueron rebasados por su propia estrategia. Los tres apostaron todo a la campaña presidencial y centraron su propuesta en la personalidad del candidato respectivo, supusieron que el elector aprobaría partidos en bloque. Pero el ciudadano se ha vuelto mucho más crítico, y en cada boleta hay una decisión. La elección del presidente tuvo un comportamiento diferente a la de senadores, y ésta, a su vez, tampoco es idéntica a la de diputados.

Como decía al principio, la derrota del PRI en la elección presidencial debe marcar el inicio de una nueva etapa histórica en el país. Puede tener un carácter fundacional que nos lleve a la construcción y consolidación de un estado democrático. Los próximos años serán definitivos en la vida política nacional porque se habrá de crear el sistema político de las generaciones venideras. Analicemos el desafío al que nos enfrentamos. En este ensayo

me limitaré, por cuestión de espacio, a lo que concierne estrictamente a las instituciones políticas.

Los grandes retos del futuro inmediato

Cada uno de los actores y grupos políticos tienen retos distintos; algunos de ellos son compartidos y tendrán que enfrentarlos de manera conjunta, otros atañen sólo a su persona u organización, y tendrán que resolverlos independientemente de lo que hagan los demás actores. Para efectos de este artículo, los actores principales son Vicente Fox, como presidente de la república, el Congreso y los tres partidos principales: el PAN, el PRI y el PRD.

Los partidos tendrán que entender que este sexenio, o al menos la primera parte del mismo, es un periodo de transición, el más delicado quizá, cuando habrá de diseñarse un sistema político plural, incluyente y funcional, en el que será necesario asentar los acuerdos básicos de la vida política nacional. Es tiempo de crear instituciones, acordar valores y criterios éticos que sirvan como parámetro para organizar y juzgar la vida política nacional. Los tres partidos grandes tendrán que hacer dicha tarea con un ánimo de cooperación que los lleve a generar acuerdos básicos de convivencia. La propuesta de cada uno de ellos y su lógica de negociación deberá privilegiar el largo plazo y anteponer los intereses de la nación a los particulares y a sus ansias de recuperar o mantener el poder en los años 2003 y 2006.

Fox deberá entenderse a sí mismo como el presidente de la transición; el apoyo mayoritario que recibió sólo se explica por el acuerdo social, no escrito y poco verbalizado, que demanda la democratización del estado mexicano. Guillermo O'Donnell plantea la necesidad de distinguir dos procesos de transición: el primero es la transición del régimen en México, que concluyó con la cristalización de la alternancia; el segundo, la transición democrática del estado, que aún está por comenzar, deberá crear y consolidar las instituciones republicanas que permitan la existencia de nuevas formas plurales, democráticas, responsables y funcionales de ejercicio del poder. Fox tiene la responsabilidad de dirigir el proceso y llevarlo a buen término. Tendrá que comprender que no puede hacerlo solo, la inclusión de las demás fuerzas políticas es un imperativo social expresado en el voto cruzado del 2 de julio. Todos los partidos, y en especial el PRD y el PRI, tendrán que asumir su responsabilidad histórica en este proceso.

Desde el Congreso, los partidos políticos tienen frente a ellos el reto de diseñar un esquema funcional en el que la convivencia del multipartidismo genere condiciones de gobernabilidad. Tendrán que empezar a discutir tanto en el interior de cada partido, como entre ellos, posturas claras frente a la disciplina de partido y las reglas del Congreso para deliberar y decidir de manera democrática y transparente. Sin lugar a dudas, uno de los riesgos más grandes de la actual composición de la Cámara de Diputados y del Senado será la conformación de mayorías mediante la compra y coacción de votos de diputados de los partidos pequeños.

La posibilidad de conformar mayorías en el Congreso puede partir de la ruptura total de la disciplina de partido, lo cual supondría tomar al menos cuatro medidas: fortalecer a las comisiones por encima de las fracciones; ligar a los legisladores franca y abiertamente con su electorado, lo que llevaría a una reforma que permitiera la reelección; incrementar el uso del voto secreto en las comisiones y en la asamblea, y por último, pero no por ello menos importante, formalizar el sistema de cabildeo con reglas precisas que impidan la corrupción. Si por el contrario, se decide fortalecer la disciplina de partido, tendrán que pensarse las reformas constitucionales que fortalezcan al presidente de la Mesa Directiva de la Cámara de Diputados —cuestión en la que avanzó sustancialmente la legislatura anterior— y obligarlo a generar alianzas estables y transparentes. Contar con el respaldo de la mayoría absoluta podría ser una condición para que siguiera fungiendo como presidente de dicho organismo. El presidente de la Cámara se convertiría en el vocero de la misma y en el encargado de discutir y acordar con el Ejecutivo la gobernabilidad del país. Su papel equivaldría, guardada toda proporción, al de un primer ministro que funcionara en coordinación con un presidente elegido de manera independiente y, por lo tanto, tiene una legitimidad propia como jefe de gobierno y jefe de estado.

Si Francia inventó el semipresidencialismo para salir de un parlamentarismo anárquico y disfuncional, atorado por tres fuerzas políticas incapaces de generar consensos, México tendría que inventar el semiparlamentarismo para salir del presidencialismo autoritario y no caer en un multipartidismo irresponsable que no tuviera condiciones institucionales que le permitieran tomar decisiones. En este contexto tendrá que discutirse, además de la reelección de diputados y senadores, la

posibilidad de establecer la segunda vuelta para todos los puestos de elección popular a fin de proteger la gobernabilidad y el pluralismo. Probablemente la representación proporcional ya estará de más. Los resultados de las elecciones federales de 1997 y 2000, así como de múltiples elecciones locales —Jalisco en 1997 y el Distrito Federal en 2000, por mencionar sólo dos ejemplos— hacen evidente que las cláusulas de gobernabilidad están absolutamente rebasadas.

La gran dificultad de los tiempos por venir estriba, entre otras cosas, en que además de esta voluntad de cooperación con visión de largo plazo, simultáneamente y en el mismo espacio político, cada uno de los partidos tendrá que trabajar para diferenciarse de los otros. Cúpulas y militantes tendrán que darse a la tarea de definir su plataforma ideológica y sus programas de acción. A partir del acuerdo en los planteamientos básicos del nuevo sistema político mexicano, tendrán que distinguirse con claridad de lo propuesto por los demás partidos. Consciente o inconscientemente, los partidos deberán tomar una decisión fundamental para los años por venir, o se organizan en torno a una plataforma ideológica y un programa de acción de largo plazo o se reconstruyen alrededor del liderazgo de un caudillo y se entienden a sí mismos exclusivamente como maquinarias electorales. Si partimos de la aceptación de que todos los partidos que quieran convertirse en opciones viables gravitarán muy cerca del centro, estamos hablando de que en México habrá lugar sólo para dos o tres partidos. Si éstos se aglutinan no conforme a principios y programas sino alrededor de líderes y personajes, es probable que tendremos un sistema de partidos pletórico de caciques y caudillos muy poco funcional, en el que la gobernabilidad democrática será casi imposible. Por otra parte, hay que reconocer la dificultad —que no la imposibilidad— de plantear opciones ideológicamente sólidas y con programas diferenciados con claridad en un momento en que parecen predominar en la escena política y económica la globalización y el mercado. Afirmar que los partidos deben ser maquinarias electorales y que sólo es posible un patrón de desarrollo político y económico sería un lamentable y catastrófico error histórico.

Cada uno de los tres partidos tendrá que reformarse en su interior y crear nuevas formas de relación con la sociedad y sus militantes, con las formas de ejercer el poder y tomar decisiones. El PAN, que en apariencia tiene todas las de ganar por la fuerza que le dará ser gobierno, enfrenta dos retos funda-

mentales. El primero tiene que ver con la gigantesca desproporción que existe entre su estructura ciudadana, tan rígida como institucionalizada, y la presión que sin duda ejercerá ese inmenso molusco llamado Amigos de Fox. La dimensión de la tarea se resume en unas cuantas palabras: el PAN tiene como militantes a la décima parte de aquellos que gravitan alrededor de Amigos de Fox. Este reto adquiere particular importancia si vemos que en todos los estados donde ha ganado el PAN la primera reacción del partido ha sido cerrar sus puertas para evitar que lleguen los oportunistas. El segundo gran reto del PAN será convertirse en gobierno sin perder el partido ni alimentar a éste con los recursos de aquél. Como partido en el gobierno, tendrá la responsabilidad de asumir el liderazgo que le corresponde. Muchos serán los panistas con graves problemas para entender que ya no son la oposición. Tradicionalmente el PAN ha criticado la relación simbiótica y poco democrática del PRI con el gobierno y el estado; esto no quiere decir que tengan una propuesta democrática y viable de la relación que debe establecerse entre el gobierno y el partido en el poder.

El PRI se encuentra frente a su única oportunidad de iniciar su proceso de renovación. Sólo la derrota podía obligar a los priistas a repensar de manera integral el partido. Tendrán que empezar por hacer dos inventarios. El primero es el de sus militantes y organizaciones afiliadas: ¿qué queda de ellos?, ¿cuántos afiliados se asumen en realidad como militantes del partido? Mientras más honesto sea este primer recuento estarán en mejores condiciones para pensar el tipo de organización que quieren llegar a ser. El segundo recuento es la relación de los posibles líderes entre la militancia y el análisis realista de quién puede proyectar el partido hacia el futuro en la nueva realidad nacional. No se trata de reconstruir el pasado sino de inventar el futuro. Sin duda alguna el PRI es la segunda fuerza política del país y de su capacidad de modernizarse dependerá su permanencia en la vida nacional. El gran reto será consolidar un liderazgo lo suficientemente fuerte como para mantener la unidad nacional y tan moderno que pueda ver hacia adelante y responder a las necesidades de una sociedad compleja, plural y demandante. La posibilidad de desarticulación nacional a través del surgimiento de múltiples caudillos locales sedientos de venganza es un peligro real que puede acabar por disolver su fuerza.

El PRD se encuentra en una posición de franca desventaja para reorganizarse. Cuando esperaba ob-

tener una tercera parte de los puestos del Congreso, se ha quedado con una décima parte de ellos. Sin embargo, es preciso reconocer que tiene la posibilidad de desempeñar un papel decisivo, sus diputados son necesarios para que el PAN o el PRI puedan armar una mayoría que tenga capacidad de decisión. A menos que opte por aislarse, su fuerza en el Congreso le permitirá tener un papel central en la discusión; podrá incluir sus demandas en la agenda legislativa y tendrá la ventaja de otorgar a cualquiera de los otros dos partidos la mayoría absoluta. Antes de marginarse tendrá que reconocer que el PRI y el PAN juntos pueden hasta reformar la Constitución a sus espaldas. Si sabe colocarse en el centro de la discusión podrá hacer más fuerte su posición estratégica. A partir de su indiscutible liderazgo en el Distrito Federal, podrá iniciar una rearticulación que al menos durante tres años deberá pagar los costos de una alianza que lo puso en desventaja nacional. Las corrientes internas, permitidas desde la fundación del partido, tendrán que articularse institucionalmente en torno a un solo objetivo: organizar la opción de izquierda viable, moderna y competitiva que le urge al país. El liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas puede convertirse en un verdadero lastre, sobre todo si los miembros del partido insisten en radicalizar sus posturas. En un posible aunque discutible acto de congruencia, podrá defender su determinación inicial de no participar en el gobierno foxista a fin de no avalar un gobierno con apariencia de pluralidad que, desde su perspectiva, no es capaz de ser verdaderamente democrático y plural. Este argumento, cuestionable de origen, es insostenible en el papel que han de desempeñar en el Congreso. Es imperativo que al menos en ese espacio trabajen de manera clara en pos de la recreación institucional del México del futuro. Tendrán la obligación de proponer y participar en las discusiones, pero también es urgente que muestren su compromiso a fin de que las tres fracciones puedan arribar a consensos que construyan el futuro estado mexicano. Esa es la dimensión del reto, ese es el compromiso histórico del nuevo presidente, del nuevo Congreso y de los partidos políticos.▲

Notas

1. Vernon, Raymond. *El dilema del desarrollo mexicano*, Diana, México, 1966, p.208. La versión original en inglés de este libro se publicó en 1963.
2. Partido Revolucionario Institucional, PRI. *Historia documental del partido de la revolución. 1963-1968*, t.8, PRI, México, 1982, pp.417-422.